

SERENIDAD (1)

Autor: Martín Heidegger.

Traducción: Luís Brea Franco.

Sea la primera palabra que me es dada pronunciar en público en mi tierra natal, una palabra de agradecimiento.

Que mi provincia natal reciba mi más cumplido agradecimiento por todo lo que me ha dispensado y donado, lo cual me ha ayudado y sostenido en un largo camino. El sentido de tales dones he intentado exponerlo en algunas páginas que bajo el título: "El Sendero de la Campiña, aparecieron en 1949 en la colección conmemorativa publicada en ocasión de cumplirse el centenario de la muerte de Conradín Kreutzer. (2) Reciba también mi agradecimiento el alcalde Schuhle por sus calurosas palabras de bienvenida. Deseo agregar, además, la expresión de mi especial gratitud por la agradable misión que me ha sido encomendada de tomar la palabra en la fiesta de hoy.

Vosotros todos que esta fiesta ha reunido,
Queridos habitantes de mi país natal,

Henos aquí reunidos para celebrar la memoria de nuestro compatriota, el compositor Conradín Kreutzer.

Si deseamos festejar a uno de esos hombres que han sido llamados a crear una obra, debemos en primer lugar, honrar la obra tal como le conviene.

Y esto, en el caso de un compositor, lo logramos haciendo escuchar sus composiciones.

En un día como éste resuenan, escogidas de entre la obra de Conradín Kreutzer, melodías y coros, trozos de ópera y de música de cámara. El maestro mismo está allá, en medio de esas armonías: porque la presencia del maestro *en su obra* es la única presencia auténtica. Cuanto más grande es un maestro más desaparece su persona detrás de su obra.

Los músicos y cantores que concurren a esta fiesta nos garantizan que, en este momento, la obra de Conradín Kreutzer está presente entre nosotros.

Pero, ¿es suficiente esto para celebrar una fiesta de conmemoración? Toda conmemoración (Gedenkfeier) exige que pensemos (Denken). Más, ¿qué pensar, qué decir en una fiesta consagrada a la memoria de un compositor? Lo que caracteriza a la música, no está acaso en que nos "habla" ya, con sólo dejarla llegar a nosotros, por lo que no tiene ninguna necesidad del lenguaje ordinario, de aquel de las palabras?

Así se dice, en efecto.

Sin embargo, la cuestión persiste: ¿celebrar una fiesta con música vocal e instrumental, es realmente celebrar una fiesta donde se piensa (se con-memora)? Apenas, según parece. Por esto, los organizadores de esta jornada han inscrito en su programa un "discurso conmemorativo." Su sentido es el de ayudarnos a pensar, especialmente en el compositor festejado y en su obra. Esta conmemoración se torna viva desde que recordamos la vida de Conradín Kreutzer, desde que enumeramos y describimos sus obras. De esta suerte aprendemos cosas agradables y tristes, instructivas y ejemplares. En el fondo, alimento ligero para nuestro espíritu. Escuchamos en esta dirección, pero al mismo tiempo nada nos obliga a pensar; a meditar un asunto que nos concierne a cada uno directamente y en todo momento- en nuestro ser. Por esta razón, aún la misma presencia de un discurso conmemorativo no nos garantiza que una fiesta de evocación sea, para nosotros, una oportunidad para pensar.

No nos hagamos ilusiones. A todos nos sucede con mucha

frecuencia ser pobres en pensamiento; digo: 'a todos nosotros' incluyendo a aquellos que, por así decirlo, piensan por un deber profesional; todos caemos demasiado fácilmente en una indigencia de pensamientos. La indigencia de pensamientos es un inquietante huésped que se insinúa en todo en el mundo de hoy.

Hoy todo se aprende de la manera más rápida y más económica y, en el momento sucesivo, se olvida, igualmente, con la misma rapidez. De suerte que la celebración viene a ser suplantada por otro tipo de celebración. Las fiestas conmemorativas se tornan cada vez más pobres en pensamientos. Fiesta conmemorativa y ausencia de meditación se identifican y concuerdan perfectamente.

Pero, a decir verdad, aunque nos encontremos desprovistos de pensamientos, no renunciamos por ello al poder que tenemos de pensar; lo utilizamos necesariamente, aunque de modo extraño, de modo que con la ausencia de pensamientos dejamos baldía nuestra aptitud de pensar. Más, sólo puede estar baldío un suelo que es en sí fértil, por ejemplo, un campo. Una autopista, sobre la cual nada brota, no será nunca baldía. De igual suerte que, si podemos volvernos sordos es únicamente porque escuchamos; o que, si envejecemos, se debe únicamente a que hemos sido jóvenes; igualmente si podemos llegar a ser pobres en pensamientos, es solamente porque en el fondo de su ser el hombre posee el poder de pensar. Lo que poseemos, conscientes o no, es lo único que podemos perder o de lo que nos podemos deshacer

La ausencia creciente de meditación reposa, pues, en un proceso que ataca la más íntima esencia del hombre contemporáneo: éste se encuentra en *fuga ante el pensamiento*. Esta fuga ante el pensamiento explica nuestra carencia de pensamientos. Más aún, supone a su vez que el hombre no quiere ni verla ni reconocerla. El hombre de hoy la negará rotundamente, más bien, afirmará lo contrario. Así, hará valer —en lo que tendrá perfectamente razón— que nunca se habían producido planes tan vastos, estudios tan variados, investigaciones tan apasionadas como en nuestra época. En este

sentido no cabe ninguna duda. Un derroche tal de sagacidad y de reflexión es de gran provecho. Un pensar de este estilo nos resulta indispensable. Pero... también sucede que este es un pensamiento de carácter peculiar.

Su particularidad consiste en esto: cuando trazamos un plan, participamos en una investigación, organizamos una empresa, contamos siempre, con circunstancias dadas. Así, las hacemos entrar en un orden de cuenta dentro de un cálculo que mira a propósitos determinados. Damos por descontado, desde el inicio, resultados definidos. Este cálculo caracteriza todo pensamiento planificador y toda investigación. Este tipo de pensamiento y de investigación es cálculo, aún allí donde no opere con números y no utilice ni máquinas de calcular, ni ordenadores electrónicos. El pensamiento que da por sentado (que cuenta con algo) calcula; subordina al cálculo posibilidades siempre nuevas, cada vez más ricas en perspectivas y al mismo tiempo más económicas.

El pensamiento que calcula no nos da tregua ni respiro y nos empuja de una posibilidad a la siguiente. El pensamiento que calcula nunca se detiene, no regresa jamás a sí mismo. El pensamiento que calcula no es el pensamiento que medita, un pensamiento que persigue el sentido que rige y domina en todo lo que es.

Así, pues, hay dos tipos de pensamientos, cada uno de los cuales es a la vez legítimo y necesario: el pensamiento que calcula y el pensamiento que medita.

Ahora bien, fue con la vista dirigida a este último modo de pensamiento que decíamos que el hombre está en fuga ante el pensamiento. Lamentablemente, se objetará, la pura meditación no se percibe, flota sobre la realidad, no tiene ningún contacto con el suelo. No sirve para nada en la resolución de los asuntos corrientes. No ayuda en nada en las realizaciones de orden práctico.

Y se agrega, como conclusión, que la pura y simple meditación, que el pensamiento lento y paciente es demasiado "alto" para el entendimiento ordinario. En esta excusa hay una sola cosa que resaltar y es que el pensar que medita no es, al

igual que el pensar que calcula, un fenómeno espontáneo. El pensamiento que medita exige algunas veces un gran esfuerzo y requiere siempre un largo y detenido entrenamiento. Reclama cuidados y esmeros más delicados que en cualquier otro oficio auténtico. Este pensar debe saber esperar, como el campesino, que la simiente germine y que la espiga madure.

Por otra parte, cada uno de nosotros, a su manera y dentro de sus límites, puede seguir vías de meditación ¿Por qué? Porque el hombre es el *ser pensante, es decir el meditador*. Por consiguiente, de ninguna manera es necesario que la meditación nos eleve a "regiones superiores.". Es suficiente con que nos detengamos en lo que está en nuestra cercanía y que busquemos lo que nos es lo más próximo y cercano: lo que concierne a cada uno de nosotros, aquí y ahora. Aquí: en este rincón de la tierra natal. Ahora: en la hora que suena en el reloj del mundo.

Si concedemos que es nuestra intención hacer de la fiesta que hoy celebramos un tema de meditación, entonces debemos cuestionarnos: ¿Qué nos inspira esta conmemoración?

Advertimos inmediatamente que es desde la tierra natal que una obra de arte ha brotado y ha alcanzado cumplimiento. Si detenemos nuestra atención en este simple acontecimiento nos viene a la memoria que en los siglos XVIII y XIX la tierra suaba fructificó con grandes poetas y grandes pensadores. Avanzando aún un poco más con la mirada habremos de convenir que la región central de Alemania, al igual que Prusia Oriental, Silesia y Bohemia, ha sido una tierra generosa y fecunda.

Todo esto nos conduce a pensar y a preguntarnos si, para lograr el cumplimiento de una obra acabada, no es menester enraizarse en tierra propia, en un suelo natal. Johann Peter Hebel escribió: "Nos agrade o no admitirlo, somos como plantas, que, apoyándose en sus propias raíces, deben surgir de la tierra, para alcanzar florecer en el éter y dar frutos." (Obras, Ed. Altwegg, III,314).

El poeta quiere decir: allí donde una obra humana vigorosa y sana se forma y perfecciona, encuentra su origen en las profundidades del suelo nativo desde donde el hombre

alcanza la potencia para elevarse al éter. "Eter" quiere aquí significar: el aire libre de las alturas del cielo, el dominio abierto del espíritu.

He aquí algo que nos da más que pensar y nos interrogamos: ¿Qué sucede hoy día en relación con esa observación de Johann Peter Hebel? ¿Podemos aún hoy hablar de un habitar apacible del hombre entre el cielo y la tierra? ¿Reina todavía, el espíritu de meditación entre nosotros, en nuestro país? ¿Existe aún una tierra natal en que nuestras raíces puedan plantarse y tomar fuerza, donde el hombre pueda posarse y permanecer, donde alcance una morada?

Numerosos han sido los alemanes que expulsados de sus propias casas, se han visto urgidos a abandonar sus aldeas y ciudades, que han perdido su tierra natal. Más numerosos aún son aquellos que han conservado sus hogares y que, sin embargo, los dejan igualmente, atrapados en el torbellino de las grandes ciudades y no tienen otra alternativa que la de establecerse en el desierto de las regiones industriales. Se han vuelto extraños a su propia tierra.

Pero, ¿y los que han permanecido? No es extraño que se hayan transformado en seres aún más desarraigados que los mismos refugiados. Todos los días del año y varias horas durante el día se instalan fascinados ante sus aparatos de radio y televisión. Todas las semanas, el cine los levanta de su medio y los sumerge en un ambiente de representaciones inhabituales, a menudo muy ordinarias, simulando un mundo que no existe. Donde quiera que se dirijan, tendrán al alcance de su mano un periódico ilustrado. Todo aquello que los medios de información de que disponemos hoy día envían al hombre hora por hora, los sorprende, los excita y da rienda suelta a su imaginación -de modo que todo esto le resulta más próximo que el cielo sobre la tierra; más próximo que los usos y las costumbres de su aldea, que la tradición de un mundo que es el suyo.

Este hecho nos da aún más qué pensar y nos preguntamos: ¿Qué es lo que aquí acontece, tanto con los refugiados como con los otros? Respuesta: la *radicación* del hombre está hoy

amenazada en su ser más íntimo. Agregamos: este desarraigamiento del hombre no se debe al mero concurso de circunstancias exteriores o a la fatalidad de un destino, ni al sólo efecto de una negligencia de los hombres, o a un modo superficial de vida. El desarraigo procede del espíritu de la época en que nos ha fijado nuestro nacimiento.

Hemos encontrado algo que nos dá mucho en qué pensar y que nos mueve a formular la interrogación: ¿El hombre del futuro podrá aún desarrollarse, su obra madurará desde una tierra natal firme para levantarse en el éter, esto es, en toda la extensión del cielo y del espíritu? O más bien, ¿todas las cosas caerán en las tenazas de la planificación, de la organización y de la automatización?

Si intentamos llevar a cabo la meditación que esta fiesta nos sugiere, entonces se nos revelará que nuestra época está amenazada por el desarraigo. Nos preguntamos: ¿Qué es lo que propiamente y en realidad sucede en nuestro mundo, qué es lo que lo caracteriza?

La época en la que entramos se nombra: "Era Atómica." Su característica más evidente es la presencia de la bomba atómica. Pero esta caracterización es superficial, porque se ha descubierto en seguida y a la vez reconocido que la energía atómica puede ser utilizada para fines pacíficos. Por esto, los físicos atómicos y sus técnicos intentan hoy establecer, en vastas organizaciones, la utilización pacífica de la energía atómica. Los grandes trusts industriales de las naciones de gran poderío técnico, con Inglaterra a la cabeza, ya han calculado que la energía atómica será un negocio de proporciones gigantescas.

En el negocio de la energía atómica, ya se afirma, se ha de descubrir una nueva felicidad. Las luminarias mismas de la ciencia del átomo no se contienen y proclaman esta felicidad. En julio de este año (1955) dieciocho titulares del premio Nóbel reunidos en la Isla de Mainau (Lago de Constanza), lo han manifestado textualmente en un-expuesto: "La ciencia -en este caso la ciencia más reciente del estudio de la naturaleza- es un

camino que conduce a una vida más feliz para el hombre.”

¿Qué pensar de esta declaración? ¿Procede de un verdadero esfuerzo de meditación? ¿Indaga el sentido de la época atómica? No; si aceptamos como valedera y suficiente esta afirmación de los entendidos en la física atómica, nos colocaríamos en el lugar más lejano posible para lograr una meditación de la época presente. ¿Por qué? Porque nos habríamos olvidado de preguntar: ¿Con qué debe relacionarse el hecho de que la técnica científica haya descubierto y liberado nuevas energías naturales? .

Este suceso debe vincularse con este: que desde hace algunos siglos una inversión y una precipitación de todas las representaciones fundamentales está aconteciendo. El hombre está siendo transportado a otra realidad. Esta revolución radical de nuestro modo de ver el mundo se cumple en la filosofía moderna. Ahí nace una posición enteramente nueva del hombre en el mundo y con relación al mundo. Ahora el mundo se revela como un objeto sobre el cual el pensamiento calculador dirige sus ataques y a estos ataques nada podrá oponer resistencia. La naturaleza viene interpretada como una reserva gigante, como una fuente de energía para la técnica y la industria moderna. Esta relación fundamentalmente técnica del hombre con la totalidad del mundo apareció por primera y única vez en el siglo XVII en Europa. Por mucho tiempo ha sido desconocida en otras partes de la tierra. Esto es completamente extraño a las épocas anteriores y al destino de los pueblos de entonces.

La potencia escondida en el seno de la técnica contemporánea determina la relación del hombre con lo que es. Esta relación impera sobre toda la tierra. El hombre comienza a alejarse de la tierra para penetrar en el espacio cósmico.

Desde hace una veintena de años la investigación atómica ha puesto en evidencia fuentes de energía tan enormes que, en un futuro relativamente próximo, cubrirán todas las necesidades energéticas mundiales. Dentro de algunos años, no serán sólo ciertos países o determinadas partes del mundo los que podrán tener acceso a las nuevas fuentes de energía, tal como sucede hoy con el carbón, el petróleo y los bosques. En un futuro

bastante próximo las centrales atómicas podrán ser construidas en toda la superficie de la tierra.

La cuestión fundamental de la ciencia y de la técnica contemporáneas no es la de saber de dónde podremos extraer las cantidades necesarias de combustibles y carburantes. Hoy la cuestión decisiva es ésta: ¿De qué forma podremos dominar y dirigir la energía atómica, cuya potencia sobrepasa toda posible imaginación, y garantizar a la humanidad que no se nos escapará de improviso' aún fuera de todo acto de guerra, de entre las manos, encontrando una salida y destruyéndolo todo?

Si se logra dominar la energía atómica, y esto se alcanzara, se iniciará entonces un nuevo desarrollo del mundo técnico. Las técnicas del cine y de la televisión, las del transporte, en particular, el aéreo, las de la información, las de la alimentación, las del ejercicio médico clínico, tal como las conocemos hoy no son más que primeros tanteos. Nadie puede prever las transmutaciones venideras. Los progresos de la técnica se harán cada vez más rápidos, sin que podamos hacer nada por detenerlos. En todos los órdenes de la existencia, el hombre se va a encontrar cada vez más estrechamente cercado por las fuerzas de aparatos técnicos y de autómatas. Hace ya mucho tiempo que las potencias que en todo lugar y a toda hora, bajo la forma de maquinarias o de instalaciones técnicas, acaparan y oprimen el hombre, lo limitan y seducen; -desde hace mucho tiempo, decimos, estas potencias han desbordado la voluntad y el control del hombre porque no proceden de él.

Una de las características nuevas del mundo técnico consiste en la extremada rapidez con que sus éxitos son conocidos y admirados públicamente. Esto que estoy diciendo en torno al mundo de la técnica, hoy, cualquiera puede leerlo en cualquier publicación ilustrada hábilmente dirigida, o escucharlo por la radio. Pero una cosa es leer o escuchar esto o aquello, es decir tener sólo una noción, y otra muy diferente, completamente diferente la de adquirir un saber. Esto es, de aprehenderlo mediante el ejercicio del pensamiento.

Durante el verano de este año 1955, un coloquio internacional reunió de nuevo en Lindau a los titulares del

Premio Nóbel. En esta ocasión el químico americano Stanley observó: "Se aproxima la hora en que la vida se encontrará colocada en las manos de los químicos, que harán, desharán o modificarán a su voluntad la substancia viviente." Se toma nota de tal declaración, se admira la audacia de las investigaciones científicas y todo queda ahí. No se llega a tomar en consideración que lo que los medios de la técnica nos preparan es una agresión contra la vida y el ser mismo del hombre, y que respecto a esta agresión, la explosión de una bomba de hidrógeno no significa nada porque es precisamente si las bombas de este tipo *no* estallan, y si el hombre continúa viviendo sobre la tierra, que la Era Atómica llevará a cabo una inquietante transformación del mundo.

Lo que, sobre todo en este contexto, es con propiedad inquietante no es que el mundo se tecnifique completamente; lo que es verdaderamente alarmante es que el hombre no esté preparado para esta transformación que no nos hayamos todavía explicado válidamente con los medios del pensamiento que medita, lo que, con propiedad, en nuestra época emerge bajo nuestros ojos.

Ningún individuo, ningún grupo humano, ninguna comisión, aunque estuviere integrada por los más eminentes hombres de Estado, científicos o especialistas técnicos; ninguna conferencia de industriales y economistas puede frenar o dirigir la marcha y el desarrollo histórico de la Era Atómica. Ninguna organización puramente humana se encuentra en estado de tomar en sus manos la dirección de nuestra época.

El hombre en la Era Atómica, será entregado sin orientación y sin defensa a la marea creciente de la técnica; y, efectivamente lo será, si allí donde el juego es decisivo, renuncia a actualizar y a cumplir el pensamiento que medita en contra del modo de pensar calculador. Pero el pensamiento que medita, una vez que ha despertado, debe obrar sin tregua y animarse a la menor ocasión: la meditación debe cumplirse en el presente, aquí justamente en ocasión de nuestra fiesta conmemorativa. Porque este modo de pensar nos conduce a considerar lo que la Era Atómica amenaza particularmente; la radicación de las

obras humanas en una tierra natal.

Preguntémonos ahora: si el anterior arraigo está desapareciendo, ¿no es posible que en cambio un nuevo terreno, un nuevo suelo se ofrezca al hombre, un suelo donde el hombre y sus obras tomarían una savia nueva para su desarrollo, en el corazón mismo de la Era Atómica? ¿Cuál será el suelo, la tierra, para un nuevo arraigo? Lo que buscamos cuestionando de esta manera podría estar muy cercano a nosotros: tan cercano que es demasiado fácil no verlo, porque para nosotros los hombres, el camino orientado a lo más próximo es siempre el más largo y en consecuencia el más arduo.

El camino es una vía de meditación. El pensamiento que medita exige de nosotros que no nos fijemos en un sólo aspecto de las cosas, que no seamos prisioneros de una representación, que no nos lancemos sobre una vía única en una sola dirección. El pensamiento que medita nos exige que aceptemos detenernos en las cosas que a primera vista aparecen inconciliables.

Intentemos hacerlo. Las organizaciones, los aparatos y las máquinas del mundo técnico se han convertido para nosotros en indispensables, en una medida que es más mayor para unos y menor para otros. Sería insensato atacar y pretender destruir el mundo técnico; sería mostrar una corta visión pretender condenar este mundo como obra diabólica. Dependemos de los objetos que la técnica nos facilita y que, por así decir, nos pone en disposición de perfeccionar sin cesar. Sin embargo, nuestra relación con las cosas técnicas es actualmente tan estrecha que nos hemos convertido, sin saberlo, en sus esclavos.

Pero podría ser de otra manera. Podemos utilizar las cosas técnicas, servirnos normalmente de ellas; pero al mismo tiempo liberamos, de modo que conservemos en todo momento nuestra distancia frente a ellas. Podemos dejarlas aparte como lo que no nos alcanza en lo que tenemos de más íntimo y de más propio

Podemos decir: "Sí" al empleo inevitable de los objetos técnicos y al mismo tiempo decirles: "No" en el sentido de impedirles que nos acaparen y nos deformen, que enreden y vacíen nuestro ser.

Pero si decimos a la vez "Si" a los objetos técnicos, ¿no se vuelve ambigua e incierta nuestra relación con el mundo técnico? Todo lo contrario: nuestra relación con el mundo sería maravillosamente simple y apacible. Admitimos los objetos técnicos en nuestro mundo cotidiano y al mismo tiempo los dejamos fuera, esto es, los dejamos reposar sobre ellos mismos como cosas que no tienen nada de absoluto, sino que dependen de algo que es más alto que ellos.

Una vieja palabra que nos ofrece para designar esta actitud de "si" y "No", dichos conjuntamente al mundo de la técnica es la palabra *Gelassenheit*, "Serenidad," "igualdad de ánimo." Hablamos de la *igualdad de ánimo en presencia de las cosas*.

En esa actitud ya no miramos las cosas únicamente desde el punto de vista de la técnica. Vemos con mayor claridad y comprendemos que la construcción y la utilización de maquinarias exigen sin lugar a duda otra relación con las cosas, y también que esta relación no está desprovista de sentido. Así, por ejemplo, la agricultura se convierte en una industria motorizada del tipo de industria de la alimentación. Aquí, como en los otros dominios, se opera un cambio profundo en la relación del hombre con la naturaleza y con el mundo. ¿Cuál es, sin embargo, el sentido de este cambio? He aquí lo que permanece a oscuras.

En todos los procesos técnico rige un sentido que reclama para él la actividad y el reposo del hombre, un sentido que el hombre no ha inventado ni construido.

No sabemos hacia dónde tiende esta dominación de la técnica atómica, que se agrava hasta convertirse en algo inquietante. *El sentido del mundo técnico se oculta*. Ahora bien, si consideramos constantemente y de manera especial este hecho de que, en todas partes, en el universo técnico, nos tropezamos con un sentido oculto, nos encontramos ahí mismo en el dominio de aquello que se oculta, que se vela en el mismo momento en que viene a nosotros. Dejarse entrever para al mismo tiempo velarse, ¿no es esto el carácter fundamental de lo que llamamos el secreto? Demos un nombre a la actitud en

que nos mantenemos abiertos al sentido oculto del mundo técnico. Nombrémosla: *el espíritu abierto a lo secreto*.

La igualdad de ánimo en presencia de las cosas y el espíritu abierto a lo secreto son inseparables. Esta actitud nos abre la posibilidad de habitar entre las cosas de una manera nueva. Nos promete otra tierra, otro suelo, sobre el cual, permaneciendo en el mundo técnico, pero al abrigo de su amenaza, podemos sostenernos y sobrevivir.

La igualdad de ánimo en presencia de las cosas y el espíritu abierto a lo secreto nos desvelan la perspectiva de un futuro arraigado. Podría también suceder, que este último sea un día, lo suficientemente seguro para recordarnos, bajo una nueva configuración, el antiguo enraizamiento que ahora desaparece rápidamente.

En la espera, sin embargo y no sabemos por cuánto tiempo-, la humanidad se encuentra sobre la tierra en una situación peligrosa. ¿Por qué? ¿Es sólo porque una tercera guerra mundial pueda estallar bruscamente con la consecuente destrucción de la humanidad y la ruina de la tierra? No. Un peligro mucho más grande amenaza desde los inicios de la Era Atómica- y precisamente sobretodo en el caso de que el riesgo de una tercera guerra mundial pueda ser descartado ¡Extraña afirmación! ...Extraña sin duda, pero sólo si nuestra meditación no se detiene suficientemente en su consideración.

¿En qué medida tiene sentido esta afirmación? En la medida en que la revolución técnica que se nos viene encima desde los inicios de la Era Atómica podría fascinar al hombre, deslumbrarlo y hacerle girar la cabeza, seducirlo de tal suerte que un día el pensamiento calculador sea *el único* en ser admitido y ejercitado.

¿Qué gran peligro nos amenazaría? Entonces la más sorprendente y fecunda virtuosidad del cálculo que inventa y planifica se acompañaría... de la indiferencia hacia el pensamiento que medita, es decir, de una total ausencia de pensamiento. ¿Y entonces? Entonces el hombre habría negado y rechazado lo que posee como lo más propio, esto es, que es un ser pensante. Se trata por consiguiente de salvar la esencia del

hombre. Se trata de mantener despierto el pensamiento.

Solamente que... la igualdad de ánimo en presencia de las cosas y la apertura del espíritu a lo secreto no nos caen jamás como si fuesen cosas venidas del cielo. No son cosas que nos vienen con un golpe de suerte. Ambas posibilidades, para aparecer y desarrollarse plenamente, necesitan de un pensamiento que, brotando del centro del hombre, de su corazón, se esfuerce en todo momento y ante toda situación.

Tal vez la conmemoración que hoy celebramos nos incite a cumplir este esfuerzo. Si escuchamos y atendemos esta incitación, entonces es a Conradín Kreutzer en quien pensamos cuando consideramos el punto de partida de su obra, las fuerzas que él ha tomado de su tierra natal de Heuberg. Y también pensamos en nosotros, cuando nos conocemos a nosotros mismos, aquí y ahora, como hombres que deben encontrar y preparar un camino que conduzca al corazón de la Era Atómica y a través de él.

Cuando despertemos en nosotros la igualdad de ánimo en presencia de las cosas y abramos nuestro espíritu a lo secreto, podremos esperar alcanzar un camino que nos conduzca hacia una tierra nueva, hacia un nuevo suelo. Un suelo en que la creación de obras duraderas podría arraigarse nuevamente.

Así, de una manera diferente y en otra época, la palabra de Johann Peter Hebel volvería ser verdadera:

“Nos agrade o no admitirlo, somos como plantas que, apoyándose en sus propias raíces, deben surgir de la tierra para alcanzar florecer en el éter, y dar frutos.

NOTAS

(1) Este discurso conmemorativo fue pronunciado en Messkirch, patria chica del filósofo, el 20 de octubre de 1955 en ocasión de celebrarse la fiesta conmemorativa del 175o. aniversario del nacimiento del compositor Conradín Kreutzer. La presente traducción se basa en la traducción francesa del original alemán, llevada a cabo por André Preau, que fue publicada en el tomo III de “Martín Heidegger: Question, Gallimard, 1966 (1972).” La edición original en lengua alemana se publicó en el año de 1959 por G. Neske, Pfullingen, bajo el título: “Gelassenheit.” (n. del t.).

(2) Músico alemán (1775-1849) originario de Messkirch; en Baden se destacó en su juventud como pianista y cantante, consagrándose posteriormente al estudio de la composición. Alcanzó gran renombre por sus óperas y oratorios; entre ellas, se destaca también la ópera: "Noche en Granada" y el oratorio ' Die Sendung Mosis' ; también compuso música de cámara y numerosos "lieder." No se debe confundir con Rodolfo Kreutzer (1766-1831), violinista y compositor francés al que Beethoven dedicó su famosa sonata que lleva su nombre: "Sonata a Kreutzer." (n. del t.).